

IMPROBABLE PUNTUALIDAD

Firmemente sujeto a un asidero del autobús urbano en que viajaba, don Justo Calero Salgado estructuraba mentalmente los acontecimientos sucedidos en una de las mañanas más extrañas de su vida, preparando la explicación que habría de presentar ante el Defensor del Universitario si no conseguía llegar a tiempo al examen de 4º B. Exasperado por la cachaza de los semáforos en rojo, el profesor miró de nuevo su reloj. Habían pasado las doce. Se encontraba ya en el límite de demora que establecía la normativa universitaria, y aún estaba demasiado lejos. La perplejidad que venía acompañándolo se evaporaba al calor de la frustración y la impaciencia. Docente de convicciones inamovibles, tan estricto e intransigente con sus alumnos como consigo mismo, había faltado solo una vez en toda su vida profesional a una prueba oficial, otorgando entonces el aprobado general porque, según sus propias palabras, ningún estudiante tenía la culpa de las historias que a él le pasaran. Pero esta última mañana se encontraba mucho menos vulnerable que aquella aciaga en la que enterró a Pancho, y la irritación *in crescendo* que sufría iba a eliminar la más mínima posibilidad de regalar nada a nadie. Virgen Santa, pensó, qué día de mierda.

Noventa minutos antes, don Justo, haciendo gala de su carácter precavido, salía de casa con la antelación acostumbrada, esa que le dejaría margen de maniobra ante cualquier tipo de imprevisto. Cerca de su vehículo, aparcado en la calle de siempre, una joven apoyada sobre una columna de un soportal se cruzó en su camino sin apartar la vista del libro que leía y tropezaron, empapando el café que ella sostenía la camisa impoluta del profesor. La muchacha pidió disculpas mientras se alejaba a paso ligero, dejando al otro con sus injurias contra la juventud. Menos mal que he salido con tiempo, se dijo volviendo a casa para asearse y cambiarse el atuendo.

A las 10:47 horas, el profesor giraba la llave de la puesta en marcha y arrancaba el motor de un antiguo automóvil que brillaba como nuevo. Apenas había conducido unos quinientos metros cuando se percató de las vibraciones extrañas del volante. Estacionó en el primer aparcamiento que encontró libre y se apeó para comprobar que, como se temía, la rueda trasera derecha estaba completamente vacía. No había notado ningún pinchazo mientras conducía el día anterior, pero tal vez algún clavo incrustado en el neumático la había desinflado durante la noche. Antes de que pudiera imaginarse sacando el gato para colocar la rueda de repuesto, vio un taxi libre acercándose y levantó la mano instintivamente.

Con desabrido talante, ordenó al taxista que se dirigiese a la universidad. Este intentó un par de veces entablar una conversación, pero la brusquedad manifiesta del pasajero le invitó a candar el pico.

Todo sucedió muy despacio. El automóvil andaba al ralentí en su incorporación al paseo. El ciclista pedaleaba parsimoniosamente. A don Justo le parecía increíble que, a pesar del frenazo de ambos, la rueda delantera de la bicicleta impactase suavemente contra el lateral del coche. Hasta la caída del chico, que tuvo tiempo de apoyar un pie, fue flemática. Más ridícula que el golpe se presentó la posterior discusión de los afectados, polémica que el taxista pausó para decirle a su cliente que lo sentía, pero debía firmar un parte amistoso con el tío ese, porque mañana iría diciendo que le dolía el cuello y le buscaría la ruina. Se ofreció a llamar a un compañero, pero el profesor, dirigiéndose hacia la boca de metro que había en esa misma esquina, le dijo que no hacía falta, que cogería el transporte público.

Dentro del suburbano, don Justo se relajaba un poco al comprobar, tras medir el lapso entre estaciones para calcular la duración del recorrido, que llegaría a su destino con poco retraso. El alivio fue fugaz. Nos vamos a estrellar, sacadme de aquí, gritó una voz

femenina. Tres personas preocupadas acudieron en auxilio de la mujer que chillaba, el resto le prestó atención cuando activó el freno de emergencia. Encogida sobre sus rodillas, temblando y respirando entrecortadamente, la mujer sacó de su bolso una caja de Lorazepam y colocó una pastilla debajo de su lengua. Pobrecilla, dijo uno, es un ataque de pánico, mi hermano los sufre. El mismo hombre que había hablado se encargó de avisar al conductor de que nadie corría gran peligro, con el fin de que el convoy pudiera moverse cuanto antes. La mayoría de los viajeros, unos empatizando con la enferma, otros por no parecer insensibles, se armaron de paciencia, actitud loable teniendo en cuenta la vorágine de sus ajetreadas vidas, y esperaron con un mutismo dramático a que el tren reanudase la marcha. Al haberse detenido en una estación y tener el vagón las puertas abiertas, don Justo no se encontraba ya entre ellos, si no en la superficie, subiéndose a un autobús que iba directo a la universidad. Ese en el que, bien pasadas las doce, seguía estructurando mentalmente los acontecimientos sucedidos en una de las mañanas más extrañas de su vida.

El vehículo se paró en la avenida principal del campus. ¿Qué pasa ahí delante? Parece que hay un chico tumbado en el paso de cebra, alguien lo está colocando en posición de seguridad. Escuchó don Justo. Y se hartó. Abran las puertas, bramó. Tal fue su tono autoritario, que estas se desplegaron al instante. Saltó del autobús y salió disparado hacia la facultad.

Y, así, corriendo como no lo hacía desde los noventa, empapado en sudor y luchando contra su resuello de jabalí herido, don Justo halló la clarividencia oculta tras el estresante torbellino: una rueda vacía un día de examen, lo frío que estaba el café que le había manchado, la casualidad del taxi justo al aparcar, lo oportuno de un desmayo o tropiezo en mitad de un paso de cebra, el disparatado accidente a cámara lenta... Vio incluso a la

mujer que había detenido el metro subiéndose en la misma parada, dos vagones más allá. Empezó a correr aún más rápido, empujado por la ira.

Varios alumnos proponían tímidamente levantar acta cuando el profesor entró en el aula con ademanes furiosos y el rostro descompuesto. Los miró a todos, uno a uno, encolerizado. Aquí estoy, alguno de vosotros ha intentado joderme, si no todos, pero aquí estoy, no tengo pruebas, si lo cuento me tomarán por loco, reforzaría la opinión generalizada de que ya no estoy para dar clase, pero me da lo mismo, os he vencido. Eso fue lo que pensó mientras recuperaba el aliento. Guarden sus apuntes y apaguen sus móviles, se limitó a decir.

Antes de hacerlo, uno de ellos escribió en su teléfono: Gracias por intentarlo, gente, pero el Rompetítulos ha llegado a tiempo.

Al otro lado de la ciudad, un sujeto escondido bajo una gorra y unas gafas de sol leyó el mensaje. Mierda, dijo. Confiaba en no tener que llegar a tal extremo, pero no se permitió un instante de duda: la beca estaba en juego. Descolgó el auricular de la cabina en la que se apoyaba, introdujo una moneda, marcó el número de la facultad y alertó de una bomba en sus instalaciones.

Sephiroth